

DON VICENTE, HOMBRE DE ACCIÓN*

JOAN FUSTER

RECUERDO Y JUICIO
DE BLASCO IBÁÑEZ
EN SU CENTENARIO

- I El hombre y su tierra.
- II Su obra literaria.
- III Don Vicente, hombre de acción.

Fue un tipo fuera de serie, desde luego. Se le podrá discutir como político y como escritor, y que cada cual se quede con la suya. Pero no cabe duda de que Vicente Blasco Ibáñez era un ejemplar humano de excepción. Hay que lamentar, una vez más, la escasez de papeles impresos acerca de su figura: quiero decir, de testimonios responsables y directos, con un mínimo de objetividad. La mayoría de los artículos, folletos y libros que se ocupan de él, o son rabiosamente apologéticos, o bien derivan hacia el ataque sistemático, torvo y mediocre. Sigo creyendo que uno de los mejores «retratos» de don Vicente de que disponemos es el de Josep Pla, incluido en el primer volumen de los *Homenots*. Y reitero la referencia al *Blasco Ibáñez i València*, de Juli Just, tan vívido y tan rico en detalles, a pesar de que tiende hacia la hagiografía. Pero, lo mismo Pla que Just, sólo nos dan imágenes parciales de Blasco. Unas cuantas más como ellas, y la cosa cambiaría. No es así. De manera que, por aho-

* *Destino*, nº 1542. Barcelona, 25, febrer, 1967

ra, cualquier apreciación, cualquier comentario que intentemos, correrá el peligro de pecar de ligereza, incluso por un exceso de cautela. Sea como fuere, la «talla» extraordinaria del hombre Blasco es evidente.

Todo lo que sabemos de él, la peripecia arriesgada y la ridícula, el empeño de su obra y la pasión crematística, la anécdota bronca y la cómica, nos llevan al reconocimiento de un protagonista con muchos arrestos, mucho tesón y mucha gramática parda. Gente así no sale a la calle todos los días. Su misma efigie, que podemos observar a través de los años gracias al nutrido repertorio iconográfico que poseemos, lo confirma. Blasco «mudó» de cara a tenor de los avatares de su vida, y en él, el consabido «espejo del alma» resultaba ser «espejo» de toda una larga y embrollada aventura en la que el «alma» era lo de menos. Porque don Vicente no despierta ninguna curiosidad por su psicología personal, sino por sus gestos y tejemanejes, por su trabajo y su lucha, absurdamente separados del hombre que los encarnó... Del Blasco barbudo y arrogante de sus comienzos decimonónicos, en americana estudiada o en camiseta sediciosa, que traduce la Valencia menestral y provinciana cuyo «jefe» fue, hasta el Blasco rasurado y de sombrero flexible del instante del triunfo, cuando se envanecía de ser «amigo de todos los grandes millonarios y todos los grandes capitales de la Tierra» o hacía tertulia en Niza

con Jaime de Borbón, hay todo un trayecto a tener en cuenta. Con su rostro en el Centro.

Y este «trayecto» es, fundamentalmente, el de lo que solemos llamar un «hombre de acción». La «acción», en tales términos, es un ir y venir «eficaz», que tanto se canaliza en nimiedades como en hechos ampulosos: en unos comicios aldeanos y en un mangoneo de altura, ambicioso o módico según la coyuntura, aguerrido o taimado. ¿Cuál fue el «temple» real del ánimo de Blasco? No importa. Sus enemigos políticos trataron de presentarle como un fachenda, una especie de Tartarín efusivo y vacuo, capitán Araña de sus masas y perspicaz aprovechador de ocasiones. Los enemigos políticos acostumbran a ser muy clarividentes —¡demasiado!— en las denuncias. De todos modos, nadie puede negar que don Vicente dio la cara cuando tenía que darla, o que supo hacer que alguien la diese por él, lo que, en definitiva, es lo mismo. No vamos a medir aquí su gallardía particular, sino, y sólo, la efectividad de su «acción». Dio la cara, y hasta se embarcó en empresas superfluas, de notable envergadura económica y social, llevado por un impulso de «hacer» irreprímible ...

El agitador.

En primer lugar, la política. Aunque, si bien se mira, ¿fue Blasco exactamente un «político», en el

pleno alcance del sustantivo? Quizá le debamos aplicar otro término: el de «agitador». Agitador político, claro está que es algo muy distinto. Desde la Valencia de entonces no se podía hacer «política»: no existía el hábito, y ni siquiera la posibilidad, de «pensar en términos de gobierno», que es lo que, en última instancia, constituye la política. No me detendré a explicar aquí el porqué de tal situación: el hecho era éste. Y cuando se hizo o intentó con apariencia de política, en el País Valenciano, no fue más que agitación o comparsaría lacayuna. Las sucursales de los partidos de la Restauración se limitaron a ejercer el papel de subalternos aquiescentes. Los republicanos y los carlistas practicaron, como es lógico, la agitación. Don Vicente se entregó de pleno a ella. Con vocación, además. Se ve que sentía verdadera pasión por el lance subversivo, y lo sabía provocar en hábiles y atrevidas maniobras. Que más de una vez le costaron caras. En cierta manera, los resultados que se proponía eran de una futilidad espantosa: unas actas de concejal, o de diputado a Cortes, a lo sumo. Pero lo interesante es que pusiera en la escaramuza crispada tanto fuego y tanta entrega.

Me parece altamente sintomático que don Vicente, durante las seis o siete legislaturas en que participó, no sentara fama de orador parlamentario. Nunca he oído hablar a sus forofos de ninguna intervención

gloriosa de Blasco en el Congreso. Y no le faltaban dotes de elocuencia. Por el contrario, tenía mucha labia, y, en gran medida, sus éxitos «políticos» en Valencia se debieron a las fascinaciones de su vibrante locuacidad. Sin embargo, en las Cortes no brilló por su perorata. Podemos suponer que no «encajaba» en el juego clásico del Parlamento. En sus años de militancia, Blasco Ibáñez creyó más en las algaradas y los garrotazos que en los debates de la Cámara. Cuando hablaba de «revolución», y lo hacía a menudo, se refería sobre todo a la revuelta en la vía pública. Se soñaba a sí mismo como un personaje del 93, y trató de realizar su sueño en la pequeña escala de su circunscripción electoral. Para él, el «casinet» republicano era un auténtico club jacobino, y a falta de guillotina, los típicos «gaiatos», del país y algún tiro esporádico le parecían suficientes para llevar a cabo, de manera simbólica al menos, el desmantelamiento del poder reaccionario. Un ancho sector del pueblo de Valencia le siguió por ese camino. Blasco creaba un denso clima de excitación colectiva, y se sentía en él como pez en el agua.

El programa que don Vicente ofrecía era vago y simplista, y, por esta razón, muy atractivo. Pero más que el programa fue su vehemencia, su ingeniosa y empedernida vehemencia personal lo que, por inducción y contagio, producía el paroxismo cotidiano de

Francia, se sintió obligado a volver a las andadas. Su vocación de agitador, quizás atenuada, no había perdido aliento. Ahora la ejercía encimado en la opulenta nombradía literaria que le proporcionaron sus novelas. En 1924 publica *Una nación secuestrada. Alfonso XIII, desenmascarado*, duro ataque contra la Monarquía, y junto con Unamuno, Eduardo Ortega y Gasset y otros exiliados mantendría después una constante campaña antidictatorial y antidinástica. Don Vicente, en plena gloria libresca y económica, creyó que todo el monte era orégano, y esta vez en serio, «pensó en términos de gobierno». No estaba acostumbrado a ello, y le salió *Lo que será la República Española*, cúmulo de lugares comunes, que ya no podían interesar a nadie. La muerte vino a ahorrarle un desengaño. El 14 de abril de 1931 abrió la oportunidad a hombres y a ideas que sólo tenían hacia Blasco el maquinal respeto que se debe a los precursores. Nada más que eso. Difunto, don Vicente disfrutó de ostentosos honores oficiales: era lo justo. Vivo, habría tenido que continuar residiendo en Menton. Pero los servicios prestados no le podían ser negados. Hizo de Valencia «la Covadonga de la República».

Fundador de pueblos.

Eduardo Zamacois, el redicho y picarón autor de las *Memorias de una cortesana*, había escrito, refi-

riéndose a Blasco Ibáñez: «Nacido a fines del siglo XV hubiese vestido la cota y seguido la estrella roja de Pizarro o de Cortés». Probablemente, Zamacois tenía bastante razón. Blasco Ibáñez llevaba mucha inquietud entre pecho y espalda, y su verdadera querencia fue la brega y la trapisonda. En su juventud se desahogó en las querellas políticas valencianas. Cuando contaba poco más de cuarenta años se le presentó una nueva oportunidad: América. Si no una América de «conquistador», por lo menos de «colonizador». En 1909, Blasco había ido por allá a dar una *tourneé* de conferencias, y regresó a Europa con bastante dinero—200.000 pesos argentinos, según registra don Julio Coca en *Blasco Ibáñez, fundador de pueblos*— y mucho más entusiasmo. Aquellas naciones aún a medio «construir» tentaban su avidez de «hombre de acción». En particular, la Argentina. Y de la Argentina vino la proposición. Blasco la aceptó.

Como es sabido, la tradicional corriente de inmigración a la Argentina procede de Italia. En aquel año, un incidente diplomático entre ambos países la cortaba. Algunos argentinos con mando en plaza pensaron sustituir a los italianos por españoles, y sugirieron a Blasco la oportunidad de convertirse en empresario de una vasta operación colonizadora. Don Vicente podría ser un magnífico agente de recluta: su prestigio sería banderín de enganche infalible entre

labriegos y artesanos de Valencia, por ejemplo. Y él ... «el sueño de hacerme millonario, aunque no fuese más que por una temporada; la perspectiva de mandar en un ejército de trabajadores, de transformar el aspecto de un rincón del mundo, de crear lugares habitables en el desierto, eran visiones demasiado brillantes para que no aceptase correr los riesgos de una empresa tan gigantesca». Y así lo hizo. En 1910 estaba de vuelta en la Argentina, y tras él marcharon numerosos blasquistas de alma cándida y condición humilde, decididos a probar suerte con las doradas promesas de su idolatrado *don Vicent*. Buenos Aires le cedió unas grandes extensiones de terreno, y Blasco puso manos a la obra.

Primero, estableció la colonia «Cervantes», al sur de la Patagonia. Después, y por si esto fuera poco, creó la «Nueva Valencia», en Corrientes, al otro extremo de la República. Cuatro días y cuatro noches de tren distaban una de otra, y Blasco Ibáñez se pasó casi un lustro haciendo y deshaciendo el trayecto. En ello y en sacar adelante los dos proyectos de colonización quemó sus mejores energías. Hacer la lanzadera entre el frío antártico y el calor tropical era lo de menos, sin duda: Blasco tenía una sólida complexión física. Los demás problemas, con todo, eran más adustos y enmarañados. Para resolverlos se precisaba de mucha solvencia técnica, de una buena capacidad organiza-

dora, de tacto en el manejo de las gentes, de dinero: cosas que él no tenía. La pretensión era hacer de las dos colonias un calco de la huerta de Valencia, y hacerlo pronto y rentablemente. Blasco Ibáñez quizá no calculó bien la envergadura del embrollo en que se metía. Hizo lo que pudo por salir airoso, pero fracasó.

Las noticias que han pervivido acerca de la etapa «colonizadora» de don Vicente son oscuras y contradictorias. El demonio de los odios políticos locales enturbió una vez más la cuestión. Las malas lenguas antiblasquistas propalaron recriminaciones obstinadas: despilfarros administrativos, explotación de los inmigrantes, inepticia, trampas económicas. En el «Diario de Valencia» (26-5-1912) se llegó a insertar la foto de un edificio, no demasiado suntuoso precisamente, con estos títulos y pie: «Argentina y sus grandezas. Se atan los perros con longanizas. A los obreros se les mata de hambre. El palacio de la Malvarrosa de la Nueva Valencia, en donde habita el sultán don Vicente I “el banquero”. Las casas con tres departamentos para los obreros las publicaremos cuando se construyan, que ahora no hay de qué». Cuando en 1913 Blasco abandonó sus «colonias», desentendiéndose de los trabajadores valencianos que le habían seguido, arreciaron las insidias y las sospechas. Por su parte, los elementos blasquistas defendieron a ultranza al novelista, y el libro del señor Coca es uno de los múl-

tiples alegatos favorables que se dieron a publicidad. Pero la confusión sigue.

El fracaso de Blasco como colonizador, sin embargo, no mengua en nada la gallardía y el ímpetu consumidos en el intento. Aun en la hipótesis más tenebrosa sobre lo que Blasco hizo o dejó de hacer, la aventura exigía redañes, y esto es lo que me conviene destacar: don Vicente los tuvo. No sé si llamarle «fundador de pueblos» y compararle a Cortés y a Pizarro será lo apropiado. Puede que sí, al fin y al cabo. Todos los «fundadores de pueblos», los Cortés y los Pizarro, incluidos, han estado siempre cortados por el mismo patrón. Blasco Ibáñez pertenecía a esta zarandeada familia. Sólo que le faltaba aquella dosis última de tenacidad y de fortaleza que le habría llevado a superar los obstáculos culminantes, y cuando topaba con ellos, desistía. Así en la «colonización» argentina como antes en la política municipal. Tenía bríos, pero no tantos. Y al barruntar la inminencia de alguna amenaza singularmente aguda, cambiaba de rumbo. En realidad, Blasco únicamente perseveró en la literatura. Por este lado nunca le fallaron los ánimos. ¿Tal vez porque tuvo el éxito fácil y sostenido?

Vueltas al mundo de un novelista.

De la primera edición de *La barraca*, en el año 1898 se tiraron 700 ejemplares, que no llegaron a ven-

derse. Es de suponer que con *Flor de Mayo* y *Arroz y tartana* las cosas no habían ido mejor. En Valencia era distinto: don Vicente publicaba sus novelas en el folletín de «El Pueblo», y sus leales le leían y coleccionaban los recortes. Por casualidad, un francés, de paso por San Sebastián, compró *La barraca*: monsieur Hérelle era justamente traductor profesional, y se interesó por el libro. Cuando *La barraca* apareció en francés, el impacto en Madrid fue sorprendente. Hasta entonces, allí, Vicente Blasco Ibáñez no era sino un diputado republicano más, que de vez en cuando enviaba cuentos y artículos a «El Liberal». De la noche a la mañana, vía París, le descubrían como novelista. Después, poco a poco, su auge se consolida. El 1900, con motivo de la publicación de *Entre naranjos*, le ofrecen un banquete en el Buen Retiro, presidido por Galdós. El segundo gran paso hacia la popularidad, y ahora universal, lo daría en el año 1916 con *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, que le introdujo espléndidamente en el mercado norteamericano.

Y también en el dominio de las letras Blasco tuvo mucho de «hombre de acción». Desde distintos puntos de vista. Siempre hizo de sus escritos un arma ideológica, o, al menos, los sembró de pasajes intencionados. Lo vemos en *Arroz y tartana*, en *Mare nostrum*, en *El Papa del Mar*, en *La bodega*: en cada caso tocaba una cuerda, pero el rasgo es común. Tam-

bién fue editor. Con su amigo F. Sempere, en Valencia, realizó un labor extraordinaria para aquellos tiempos. Cojo al azar uno de los libros que publicaron hacia el año 1910, y extraigo unos cuantos nombres de autores consignados en el catálogo de la cubierta: Bakunin, Darwin, Diderot, Engels, Gorki, Haeckel, Ibsen, Jaurès, Kropotkin, Lessing, Maeterlinck, Marx, Nietzsche, Nordau, Proudhon, Sorel, Spencer, Stirner, Zola, Strauss, Taine, Tolstoi, Voltaire, ... Una de sus colecciones, «La Novela Literaria», se encarga de traducir la novelística francesa de principios de siglo: Paul Adam, Paul Bourget, Abel Hermant, Huysmans, Jaloux, Miomandre, Rosny ... Popularizó los clásicos griegos y latinos en castellano, y no descuidó unos «Clásicos del amor», con Longo, Apuleyo, Petronio, Marcial, el divino Aretino y otros prodigios de la especialidad. En Madrid, si no me equivoco, Blasco lanzó una serie periódica, «La Novela Ilustrada», con versiones más o menos responsables de obras insignes. Y, finalmente, Blasco Ibáñez aplicó su trashumancia a usos literarios, hasta el extremo de que no sabemos si escribía tal o cual cosa porque viajó o si viajó adrede para tener materia de que escribir.

Porque Blasco corrió mucho mundo. Si vale la fórmula, podría decirse que es el escritor español que más vueltas al mundo ha dado. Me parece que sólo el señor García Sanchiz le ganó en facundia itinerante.

Don Vicente tenía necesidad de viajar para ver, y ver siempre cosas nuevas para escribir. Ya lo insinué: Blasco no «sabía» escribir dos novelas sobre un mismo cuadro social. Ni siquiera el «ciclo valenciano» posee unidad de fondo: *Arroz y tartana* es la ciudad burguesa, *La barraca* es la huerta, *Flor de mayo* es el mar, *Cañas y barro* es la Albufera, *Entre naranjos* es la Ribera Alta de Xúquer. Era una especie de anti-Proust. Agotaba el tema cada vez, y por eso tenía que cambiar de tema constantemente. Por sus narraciones pasaron muchos lugares y muchas gentes que él visitó y vivió en sus trasiegos. No desperdició experiencias. Y cuando no le salía una novela, sacaba un reportaje político o una cadena de artículos descriptivos. *La vuelta al mundo de un novelista* se titula una de éstas. Tanto como su persona, mucho más todavía, sus obras fueron a todas partes. No creo que ningún otro escritor en castellano, exceptuados Cervantes y quizá García Lorca, haya sido traducido a tantos idiomas como Blasco Ibáñez ... Incluso fue traducido a la lengua de su tierra. Lo hizo Miguel Duran i Tortajada. Duran nos «restituyó» *La barraca* y *Flor de maig*: algo es algo ...

